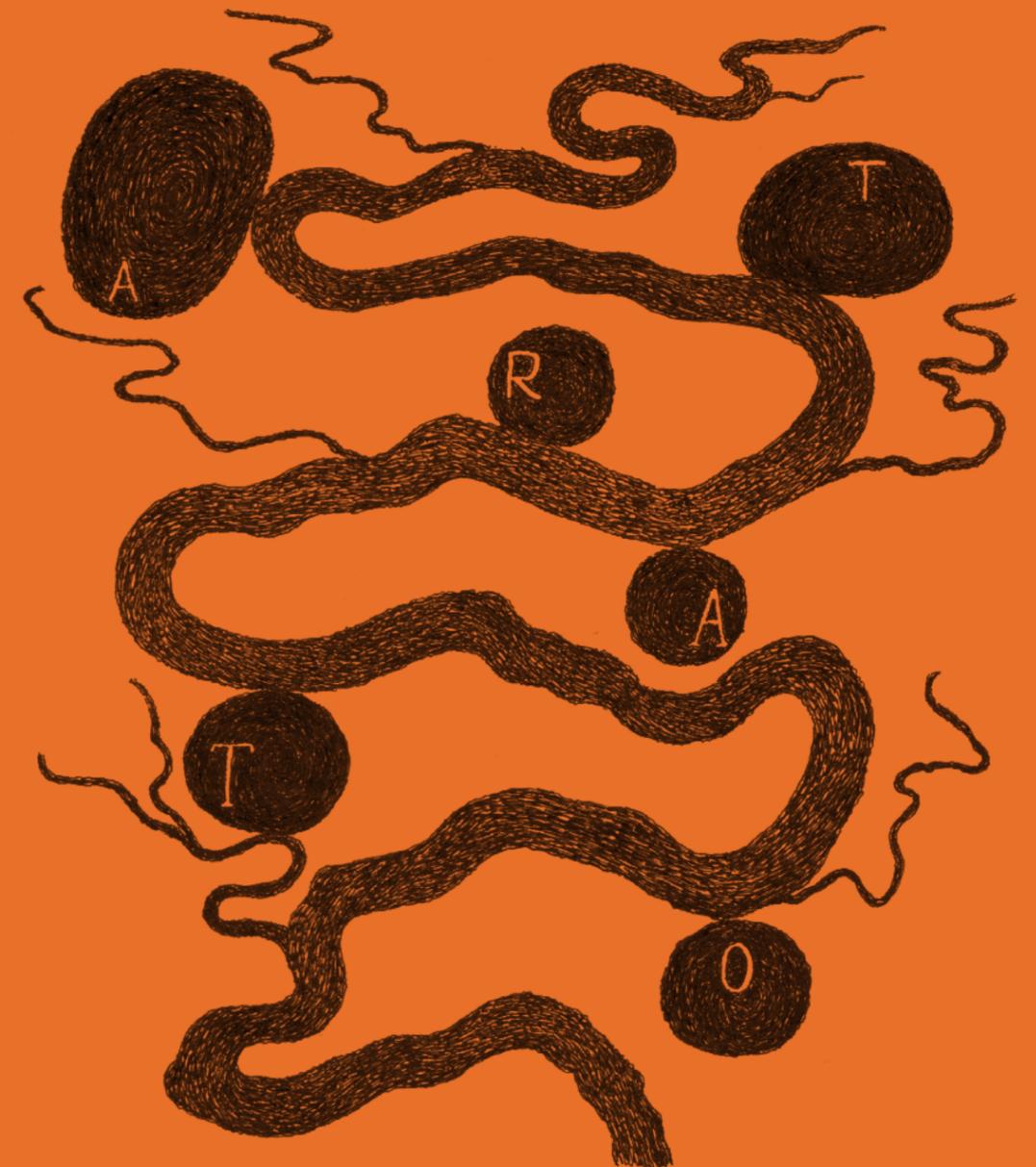


Tres derivas por el Atrato



Una propuesta de viaje de EAFIT y la Universidad de Medellín

Textos: José Ardila

Ilustración: Sebastián Cadavid

Fotografías: Andrés Mauricio Mosquera (Waosolo)

Diseño editorial: Santiago Rodas

Información científica: Centro de estudios urbanos y ambientales, Urban

Agradecimientos especiales a la Gobernación de Antioquia

2023

Este libro es el resultado de tres días de viaje y de tres miradas distintas: la ilustración, la fotografía y la literatura. Cada mirada es también una ruta diferente para viajar. Iniciamos en Vigía del Fuerte y terminamos en Nueva Colonia, Turbo. Pero entendemos que narrar al río Atrato, su cuenca, demanda mucho más tiempo y diversidad de rutas, de miradas. Soñamos con eso.



CEIBA
BONGA

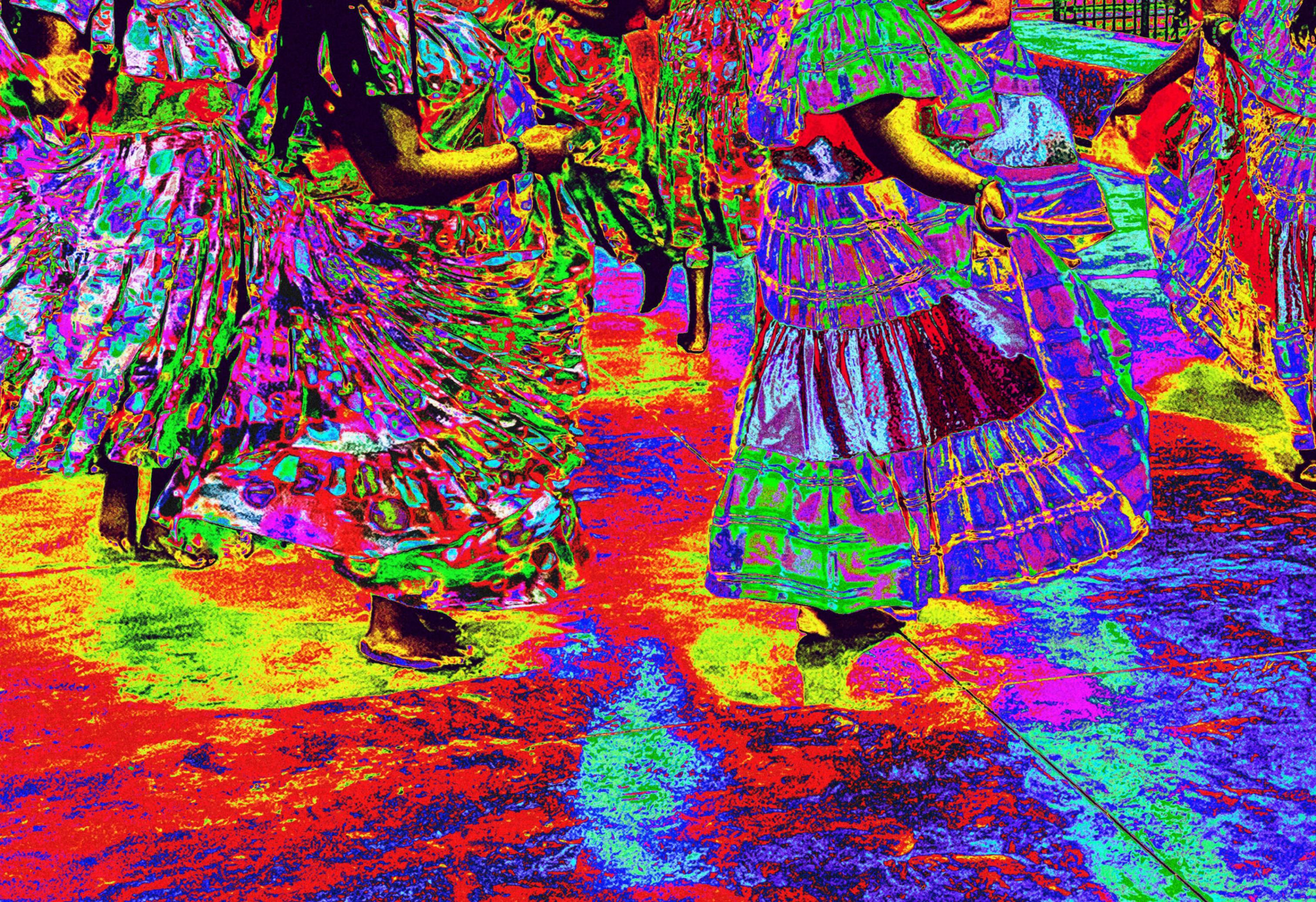
EN
SURIKÍ

TURBO · ANTIOQUIA

CON
ENILDA
JIMÉNEZ
LIDER DE
LA
RESERVA
NATURAL
SURIKÍ

20
DE
JULIO
DE
2023





Los que pertenecen a la selva

La tierrita

En Surikí, al final del viaje, le oí a Enilda Jiménez una idea que se ha quedado conmigo desde entonces: si uno nace en la selva, uno es biológicamente de la selva. Para siempre. Es un vínculo que no puede romperse.

Dejar la selva, por lo tanto, es una ilusión. Lo mismo que regresar.

Uno es un pedacito de mangle, un sorbo oscuro de río, un mono que ha extraviado su rama.

*

El Atrato es más que un cauce. Más que una gruesa y serpenteante línea de agua. No nace en los farallones de Citara y no desemboca en el Golfo de Urabá.

No solo eso, al menos.

En los más de 600 kilómetros hacia el Caribe, el Atrato se bifurca, se expande, penetra en la selva de Chocó y Antioquia en las formas neuronales de ríos más pequeños, de quebradas, de humedales, de ciénagas. Recibe aguas de otros ríos. Conecta la vida abundante ahí donde llega su influencia. Lleva. Trae. Cubre. Alimenta. Regula. Da. Quita. Esconde. Revela. Arrasa. Contiene. Carga. Alivia. Castiga. Protege.

El Atrato es un dios omnipotente, pero frágil ante la voluntad humana, como la mayoría de los dioses.

La cuenca del Atrato está conformada por unos 150 ríos y tres mil quebradas.

En esta zona, habitan más de trescientas mil personas.

*

El río Surikí queda en el norte del Urabá antioqueño. Yo crecí unos cuarenta kilómetros abajo, en Chigorodó. El río León, que se conecta con el Atrato a través del caño Tumaradó, atraviesa toda la zona, recoge las desembocaduras de los ríos municipales y se une con el Surikí justo antes de llegar al mar Caribe.

Enilda y yo, al menos en términos geográficos, somos parte de la misma selva. Estamos conectados por el agua que fluye hacia el Golfo de Urabá.

Pero Chigorodó no es selva desde hace mucho tiempo, en realidad. Ahora solo es banano y potrero y palma de aceite y cemento. Queda el eco, el clima, el sol que cae con la misma intensidad en el norte y el sur de la región.

*

Éramos nueve personas apretujadas en un aparato sobreviviente de alguna guerra antigua. El piloto controlaba la avioneta monomotor con pistones, palancas, botones grandes y rústicos.

Habíamos acabado de sobrevolar las montañas de Antioquia y luego nos habíamos sumergido en un mar blanco, en una nube inacabable.

Así empezó el viaje para mí.

Algo parecido debían sentir los que bucean a gran profundidad por primera vez. Esa desorientación aterradora. Hasta la confianza en la gravedad (en que la masa del cuerpo indicará la dirección exacta de la tierra) se diluyó en la homogénea blancura de este cielo.

Arriba: blanco.

Abajo: blanco.

Adelante: blanco.

Atrás: blanco.

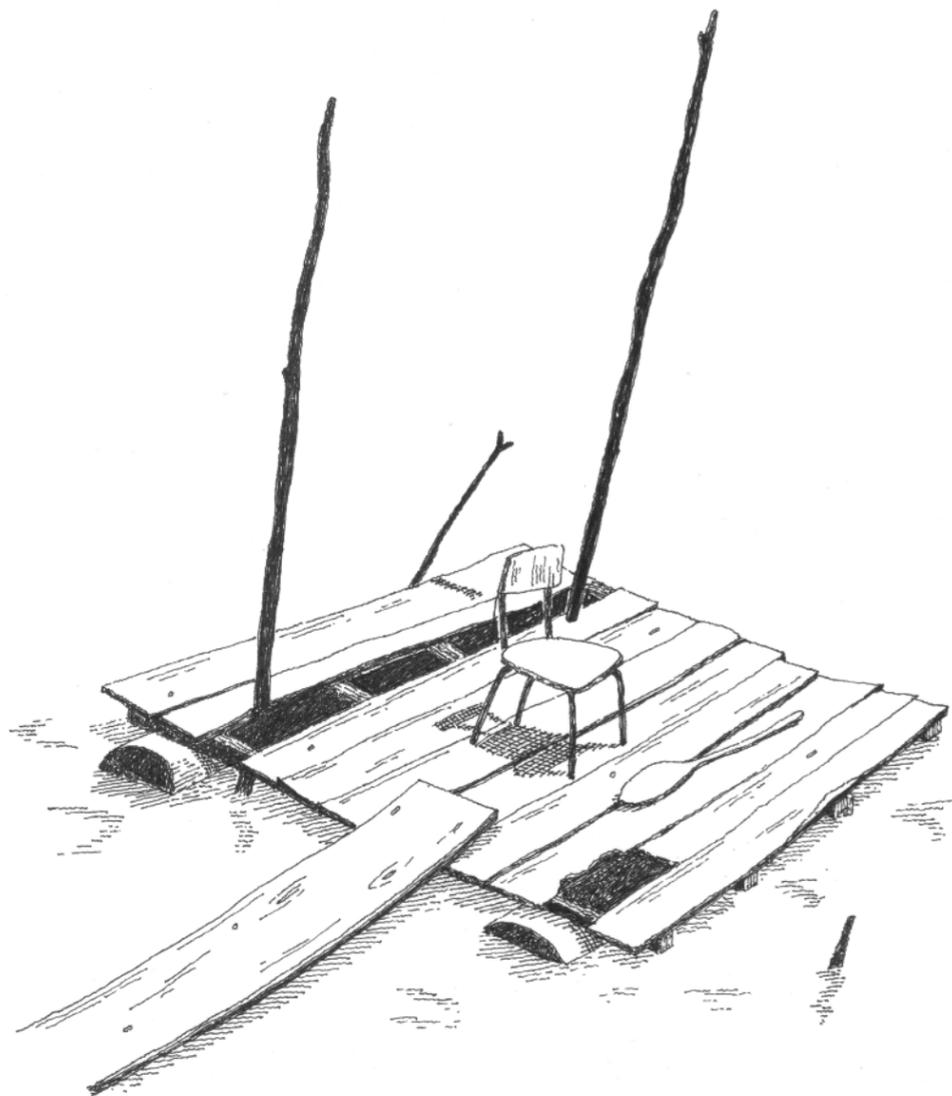
Y de repente, una grieta ocre que rasga la piel verde del mundo: el Atrato.

Habíamos llegado a Vigía del Fuerte. No conocía el pueblo, no conocía el río, pero sentí que llegaba a la tierrita.

Vigía del Fuerte es un municipio antioqueño del Medio Atrato. Es una región con complejos de humedales, dominados por ciénagas y bosques inundables, como cativales y naidizales.



A ORILLAS
DEL RÍO
ATRATO
EN
VIGIA
DEL
FUERTE



*

Prefiero hablar de la tierrita, porque no me gusta la palabra territorio. He explorado la posibilidad de que tierrita y territorio sean equivalentes, intercambiables. He querido decir territorio con convicción. Por ejemplo:

“La última vez que estuve en el territorio...”.

“Es imperativo mirar al territorio...”.

“Las comunidades del territorio necesitan más herramientas para...”.

O sea, he querido demostrar que me gradué de una universidad en la ciudad. Que he leído libros. Que soy más culto, que conozco gente igual de culta que habla dos o tres idiomas, que he visitado Europa y he probado gastronomías del primer mundo. Que soy mejor ahora. Pero temo que he llegado a una conclusión que se aleja de mis primeras intenciones.

Tierrita y territorio no solo no son palabras equivalentes, sustituibles, sino que pueden ser opuestas y, en mi ponderación personal de ventajas y desventajas, tierrita es claramente superior.

En la tierrita está la casa, para empezar. En el territorio hay alojamiento. La tierrita es de uno, de varios, de todos, de alguien. El territorio no es de nadie. La tierrita la mantiene uno incrustada en el afecto, que es la forma más sofisticada de memoria, mientras que el territorio está hecho para el olvido o, peor, para el regodeo ilustrado en el olvido.

El territorio admite el plural: los territorios. Y de la tierrita uno solo puede hablar en singular, porque la tierrita es una aunque existan muchas y sean muy distintas y estén ubicadas en geografías diferentes. Hay tierrita en la montaña, en la selva, en el desierto. Hay tierrita junto al mar y al pie de la laguna. Hay tierrita en el campo y hay tierrita en la ciudad. Al que tiene tierrita no es indispensable enseñarle a, ayudarlo a, guiarlo en, salvarlo de.

Se están yendo del territorio todo el tiempo los que saben, los de las ONG, los del gobierno nacional y, en cambio, los que vivimos en las diásporas, estamos siempre a punto de volver a la tierrita. Y ese “un a punto de” no es del todo mensurable, porque pueden ser horas, días, años, toda una vida.

A la tierrita uno pertenece, aunque esté lejos.

*

Un niño de Vigía del Fuerte dice que las mariposas amarillas se llaman solo mariposas.

Me río.

Le pregunto a un viejo, a la orilla del Atrato, y lo confirma.

"Se llaman mariposas", dice.

Sin una pizca de malicia.

Llegan cada julio de cada año en tanta cantidad que, cuando vuelan al mismo tiempo, uno corre el riesgo de extraviarse ahí adentro, en esa como neblina de partículas doradas.

Esto también lo dice el viejo.

Uno las encuentra sobre todo en las mañanas.

Liban donde pueden.

En el barro, en la basura, en los restos del incendio.

Un hombre, que llega de trabajar, llama a la gata de su casa de la forma más sencilla:

La Gata.

Sin misterio, pero con cariño.

La Gata duerme al pie de la puerta.

Lo espera.

Está chiquita y tiene manchas amarillas.

Entra con él y le maúlla para que le dé algo de comida.

El hombre la acaricia.

"Cómo está, Gata", le dice. "Siga, Gata", le dice.

Y La Gata ronronea entre sus piernas.

Otro niño, un adolescente, dice que no se sabe el nombre del fruto ese en el palo ese por el que le hemos preguntado mi amigo dibujante y yo.

Se encoge de hombros.

Yo necesito un nombre para poner en mi relato y mi amigo necesita un nombre para poner al lado del dibujo.

No entendemos, en el instante, que "el fruto ese" es un nombre tan respetable como cualquier otro.

"¿Pero cómo se llama?", le preguntamos.

"Oye, Doris", le grita el niño a una mujer, "¿cómo se llama el fruto ese?".

"¿Cuál?".

"El del palo ese".

Y Doris dice que se llama chirimoya.

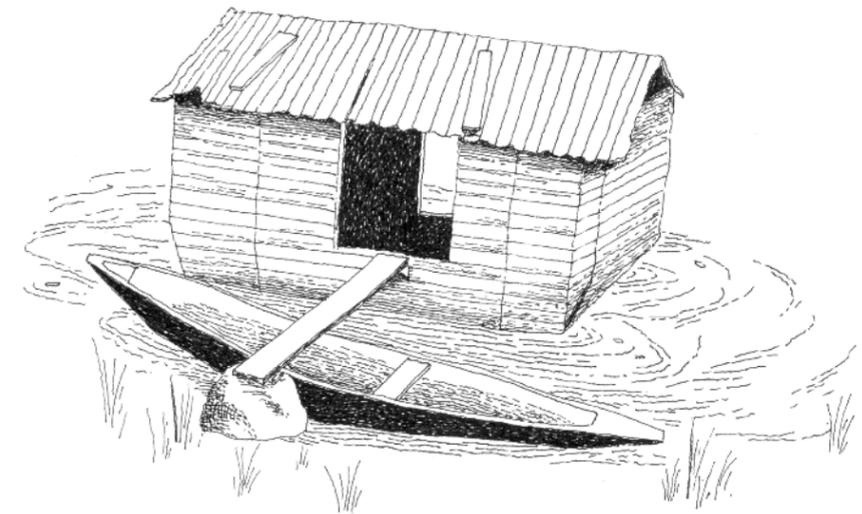
Es comestible.

Como una guanábana, pero más pequeña, pero más intensa.

Mi amigo y yo nos miramos.

Chirimoya no tiene tanta gracia.

Hay algo poderoso en lo no específico de "el fruto ese", en el potencial de ser cualquier fruto y ninguno, de serlo todos.



10:35



EN EL MUELLE
DE VIGÍA DEL
FUERTE
SOBRE EL
RÍO
ATRATO



Quando los paramilitares mataron a su padre a mitad de los noventa, Enilda, su madre y sus hermanos perdieron todo: la casa en Nueva Colonia, la finca ganadera a orillas del Surikí, el derecho a crecer en el lugar en el que nacieron y en el que nacieron varias generaciones de Jiménez y Pinedas: la tierrita.

Tuvieron que huir del pueblo, de Urabá, y hacer la vida en otro lado.

En 2017, los asesinos del padre, de Manuel Jiménez, se desmovilizaron. Negociaron con el Estado. Confesaron. Devolvieron lo que habían robado. Y después de casi veinte años, Enilda y su familia pudieron regresar.

Cuando pusieron un pie en la finca, no dijeron:

“Todo esto es nuestro”.

Dijeron:

“De acá somos”.

Y empezaron a preguntarse qué es lo que esto significa.

Pertenecer es adaptarse

Las personas que pertenecen a la ribera del Atrato han tenido que adaptarse, permanentemente, durante siglos.

Se han adaptado a lo grande y a lo chiquito. A lo definitivo y a lo cotidiano. Al clima, al alimento que provee el río y la selva, al comercio, a la música que llega de otras tierras, a las enfermedades tropicales, a los incendios, al abandono del Estado, al mercurio en el agua, a la presencia de la serpiente y al acecho del jaguar, a las sequías y a los vendavales, al poder sanador de las plantas, al paso de los ejércitos, a vivir sin alcantarillado, a vivir con alcantarillado, a llorar la muerte de los hijos, a la nomenclatura de las calles, a cocinar con leña.

Han construido sobre todo en madera, porque es un material abundante en la zona y porque es más fresco que el cemento. Han trasladado actividades del día hacia la noche, como lavar la ropa, porque es más seguro que la electricidad llegue al final de la tarde. Han levantado las casas, las azoteas con yerbas medicinales y aromáticas, las calles y hasta los animales de granja al menos 1.6 metros sobre el suelo, porque esperan que el río inunde el pueblo con frecuencia.

A la selva de esta región también pertenecen 9000 especies de plantas vasculares, 200 de mamíferos, 600 de aves, 100 de reptiles y 120 de anfibios.

En el ecosistema de zona inundable, las plantas tienen adaptaciones especiales que les permiten sobrevivir al aumento periódico en el nivel del agua.

Pero todo cambia ahora más rápido en el Atrato. Eso sienten los que pertenecen. Y deben adaptarse con más celeridad. Tratan de adaptarse incluso a lo que no pueden predecir.

Hasta hace apenas unos años, los campesinos de Vigía del Fuerte sabían con exactitud cuándo era verano y cuándo era invierno. La siembra y la cosecha dependían de estos ciclos precisos. Así, sabían que podían sembrar arroz entre mayo y junio. Pero en este momento tienen que estar alertas, porque la siembra puede adelantarse hasta abril. Y como el río entra últimamente con una fuerza y una abundancia que pocos han visto en lo que llevan de vida, es necesario sembrar el plátano en las quebradas y que las casas nuevas sean construidas cada vez a más altura.

Hacen lo que tienen que hacer.

Se adaptan.

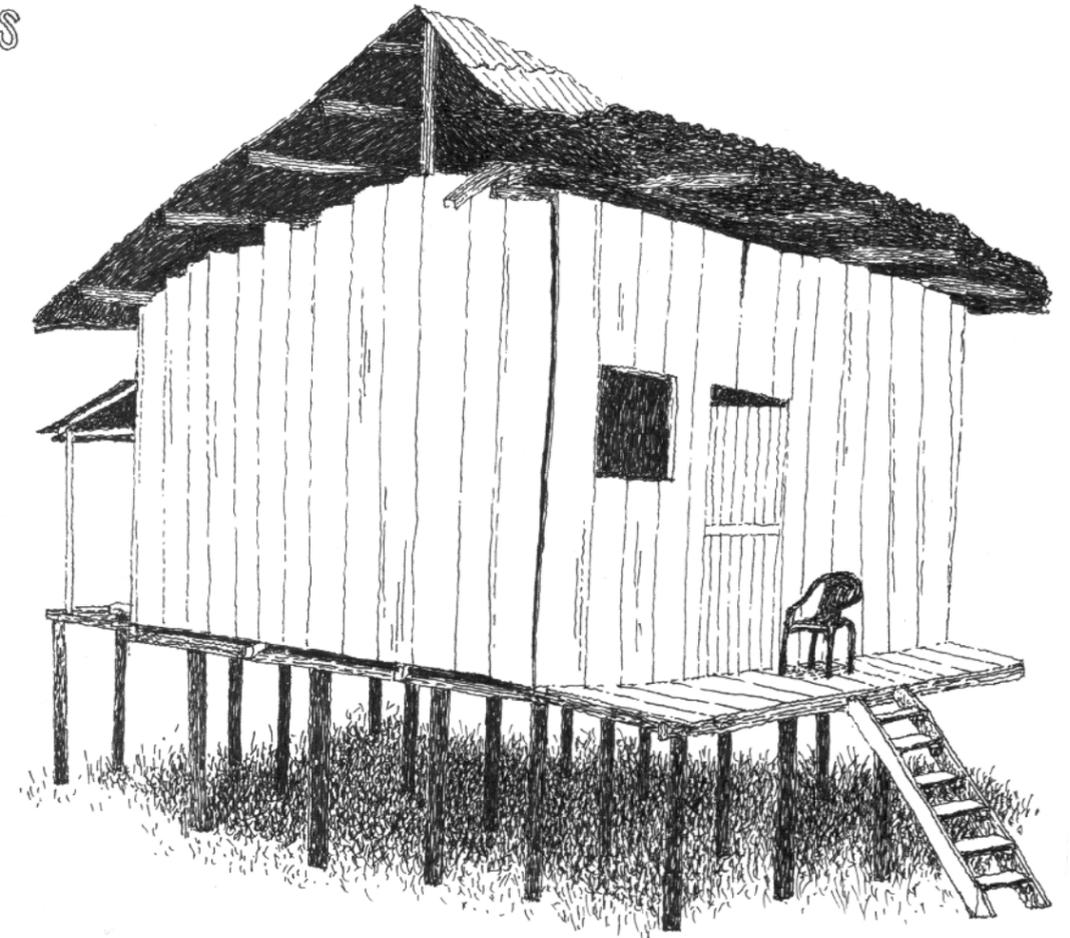
Diomedes Palacios ha vivido suficiente para recordar que aún las inundaciones más catastróficas no son nuevas en Vigía del Fuerte:

“Toda esa selva que se ve a orillas del río es selva nueva”, dijo. “La selva vieja se la llevó el río en los setenta. Solo quedó lo de las lomas”.

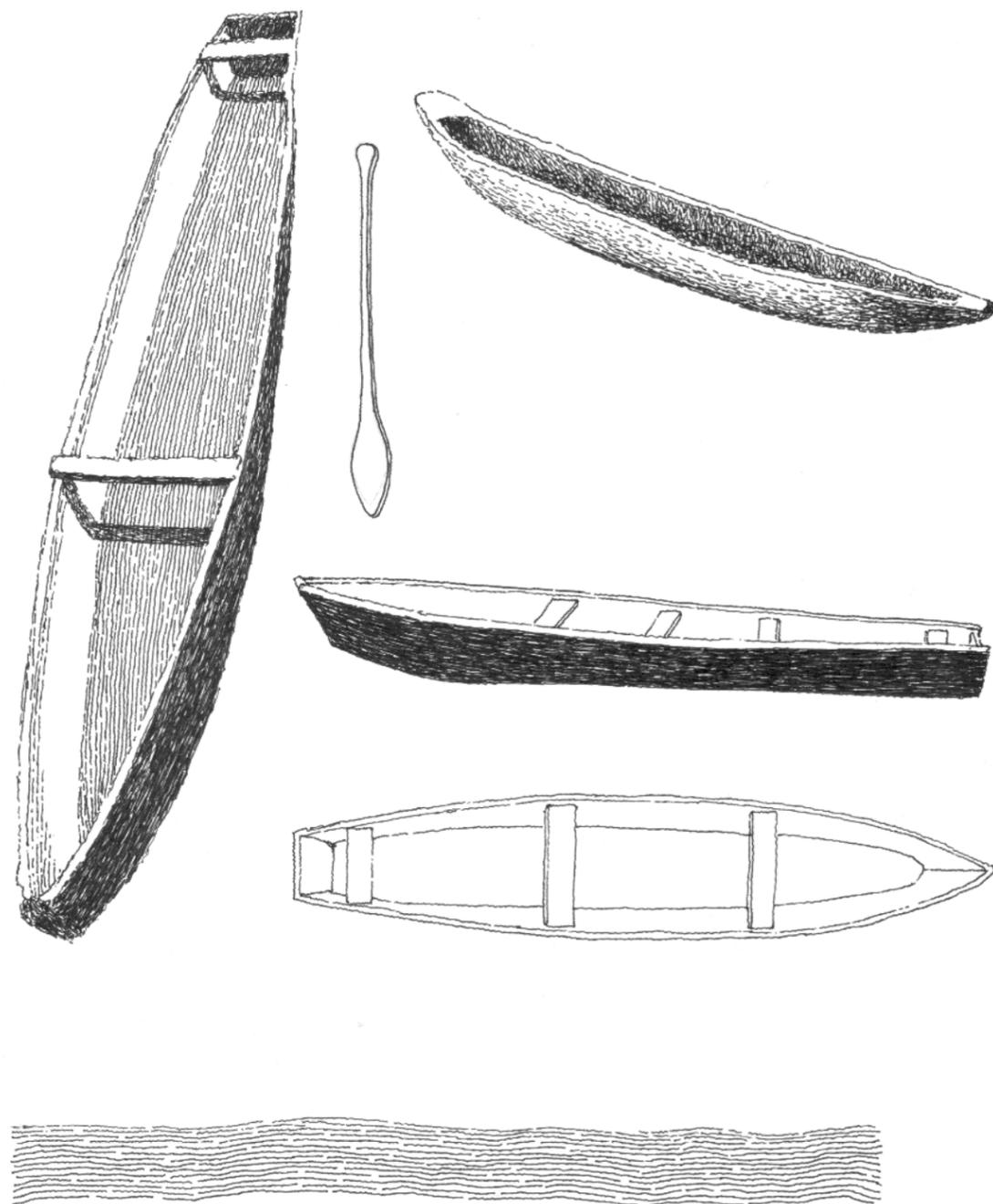
Diomedes debe estar cercano a los ochenta años y la mayoría de árboles en su paisaje inmediato son más jóvenes que él. Tiene la paciencia, la altura y la experiencia de un roble viejo. Los robles viejos no le tienen miedo al río.

No hay zona del planeta en la que llueva tanto como en Chocó: caen entre 3000 y 12 000 mm anuales de agua.

EL PUEBLO
ESTA' SIN
LUZ
HACE
VARIOS
DÍAS



LOS
RÍOS
SON
CAMINOS
DE
AGUA



RÍO ATRATO

*

También los Jiménez tuvieron que adaptarse.

El padre de Enilda aprovechó la titulación de tierras baldías por el Incoder, delimitó el terreno de la finca, arrasó la selva y lo llenó de ganado. Esa vena ganadera la heredaron varios de sus veinte hijos.

Pero, al regresar, la selva había tomado ventaja sobre el potrero, y los hermanos y la madre, los socios de la propiedad, después de largas discusiones, tomaron una decisión difícil, poco rentable:

“Concluimos que no éramos capaces de hacerles a esos seres lo mismo que nos hicieron a nosotros”.

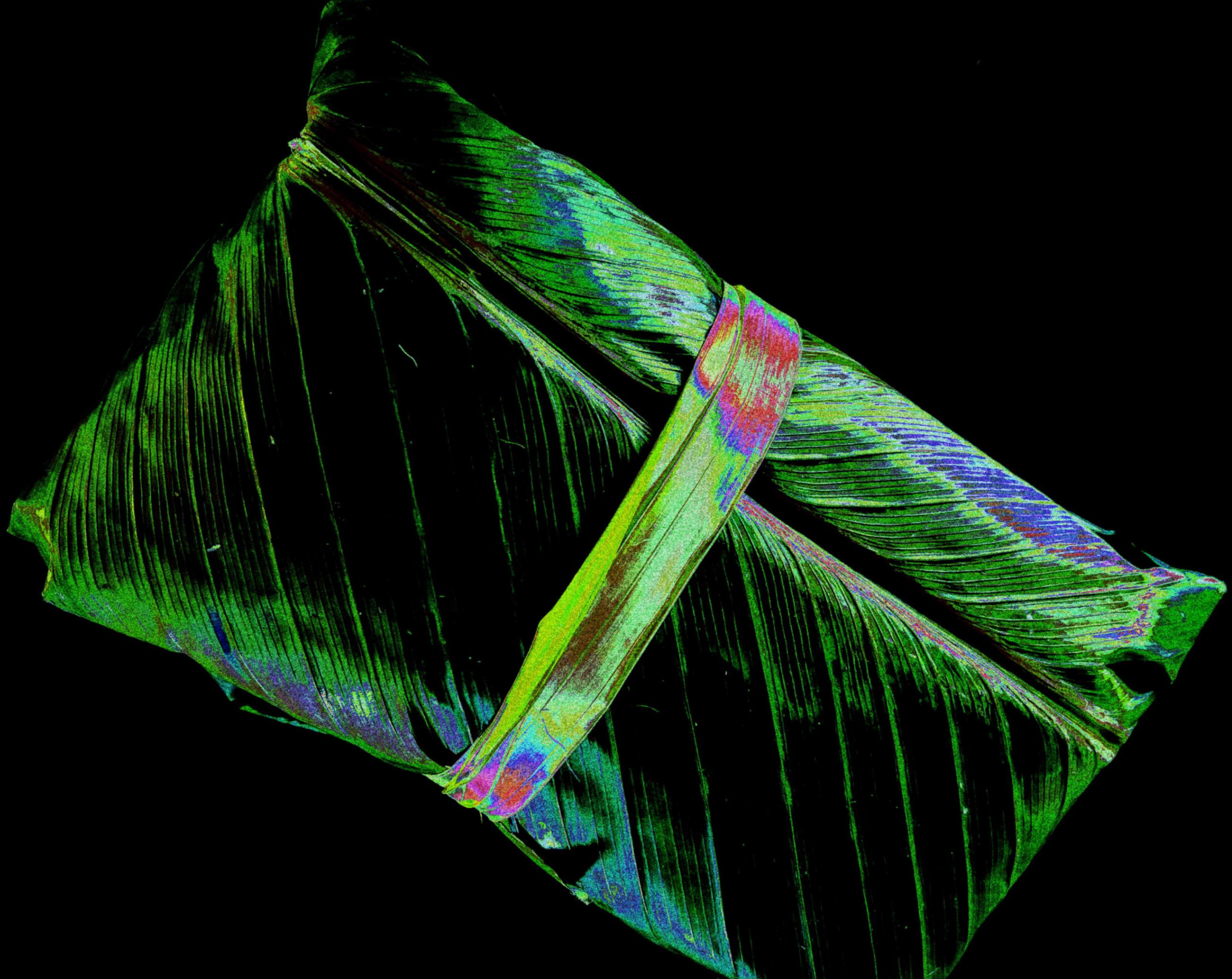
Conservaron la selva entonces, sembraron maracuyá y empezaron a explorar cómo tener algo de ganado sostenible en lo que quedaba de la finca.

Hasta que llegaron los jaguares.

*







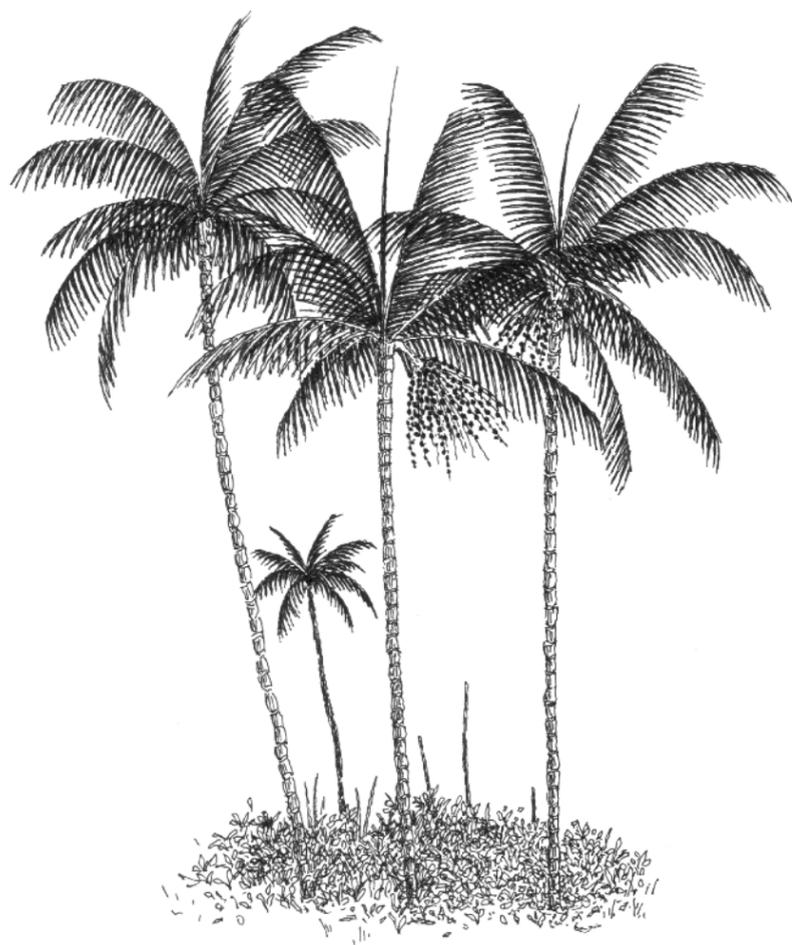
*

Hay secciones del Atrato tan amplias, que, desde la panga, las orillas parecen pequeños horizontes.

Y uno casi que puede ver la curvatura de la Tierra.

Imagino que un sol en miniatura se esconde ahí, cerquita, disponible, cada tarde.

Y que, durante la noche, en el fondo del río, anida en rabetas vaporosas mientras todo el mundo trata de dormir.



El río Atrato es el corazón de agua de una zona conocida como Chocó biogeográfico: 187 400 kilómetros cuadrados compartidos por Panamá, Colombia, Ecuador y Perú.

PALMA
MURRAPO

O PALMA DE ASAÍ

Pertenecer es esperar

Después del terremoto que destruyó el municipio de Murindó en 1992, unas tres mil personas fueron reubicadas a orillas del Atrato.

Pero, a diferencia de la mayoría de las comunidades negras de esta zona, la de Murindó no estaba habituada a las inundaciones del río. Peor aún: como vivían de la agricultura y la ganadería, las inundaciones frecuentes del Atrato amenazaban severamente su sustento.

De manera que les hicieron una promesa: el pueblo sería reubicado pronto en un lugar que les permitiera sobrevivir como siempre lo habían hecho. Y mientras llegaba la notificación, mientras el gobierno decidía, mientras se liberaban los recursos... los recién llegados construyeron todo —las casas, la iglesia, la escuela, las calles, la alcaldía— con la tranquilidad y el desinterés que exige el mientras tanto. Han pasado más de treinta años y en el Murindó provisional siguen esperando el Murindó definitivo.

*

Algo parecido sucede, en todas las escalas, a lo largo del Atrato.

En 2021, en Vigía del Fuerte, hubo una gran celebración, que incluía a músicos en vivo, al gobernador, a medio gabinete departamental, a medios de comunicación nacionales, al alcalde y a los concejales del pueblo.

No era para menos: ese día, después de décadas de espera, Vigía dejaría de ser el único municipio de Antioquia sin conexión a la red eléctrica y sus habitantes ya no dependerían de las velas ni de las bombas de gasolina para iluminar la mayor parte de sus noches.

Para que nadie nunca lo olvidara, el gobernador encendió la primera bombilla pública, sembró un árbol conmemorativo y se tomó foto junto a la placa de cemento.

Las obras habían empezado en el gobierno anterior. Fue necesario que varias generaciones de habitantes de Vigía del Fuerte murieran de vejez esperando “la promesa de la luz” y que los sobrevivientes, hartos, enojados, desesperados, bloquearan el comercio del Atrato: “Por aquí no pasa nadie hasta que nos pongan la energía”, dijeron. Y los oyeron, por fin. Y les cumplieron, en algún sentido. Pero ni los ingenieros ni los técnicos de la gobernación contaron con los aguaceros habituales ni con

En la región han sido reconocidos 79 resguardos indígenas y 37 títulos colectivos de comunidades negras.

los vientos huracanados ni con los árboles caídos y tendieron los cables a orillas del río.

Ahora, a diario, las personas en Vigía no esperan a que los conecten a la red de energía nacional sino a que reparen los daños, a que vuelva la luz, a que funcione bien de una vez por todas lo que les dicen que ya tienen.

No se han deshecho de las bombas, desde luego. Estuve tres noches en el pueblo y, después de las seis de la tarde, el rugido de las bombas saturaba el silencio, camuflaba el murmullo del Atrato, la cercanía de la selva. El árbol que sembró el gobernador está muerto. Queda, a un lado, intacta, la placa de cemento.

SARTA
DE
BOCACHICO



*

Otras esperas son más íntimas.

Diomedes ha esperado tres décadas.

En los noventa, profesionales de distintas partes del país llegaban a Vigía del Fuerte a estudiar, a contemplar y a abrumarse con la cantidad de agua, de plantas y de animales de la zona. Y Diomedes, que vivía de sacar madera y conocía bien la selva, les servía de guía. Pronto construyó con ellos una amistad que se alargó por muchos años y, juntos, planearon la aventura más grande de sus vidas: una expedición.

“Pero una expedición de verdad”, contaba Diomedes. “Como la expedición botánica. Para meternos a la selva y acampar donde nos cogiera la noche”.

“¿Hasta dónde llegarían?”.

“Hasta el Pacífico”.

“¿Y por qué no la han hecho?”.

“Porque siempre nos tocaba aplazarla”.

“¿Por qué?”.

“Por varias cosas. Porque un año no podía uno. Otro año no podía otro. Y luego empezaron a morirse”.

“¿Cuántos quedan?”.

“Yo solo”.

“¿Todavía la quiere hacer?”.

“Yo tengo ese sueño todavía. Sí, señor”.

*

Lucero, que supera escasamente los treinta años, lleva también buena parte de su vida esperando.

Primero esperó para construir su casa. Ahorró cada peso ganado para comprar la madera, los clavos, las tejas.

“Las hambres que aguanté”.

Su casa, como casi todas las casas de Vigía del Fuerte, debía tener:

Listones.

Varetas.

Columnas.

Guayacanes.

Soleras.

Estrambotes.

Para los muros, fueron necesarias 380 tablas de maderas diferentes, las que podía ir comprando con sus hambres, pero cortadas en buena luna para que no les dé polilla.

Ahí se metió con su esposo y sus cinco hijos cuando estuvo terminada.

A finales de mayo de este año una humareda los obligó a asomarse a la calle.

“Un vecino nos contó que más temprano había pasado por la casa donde empezó el incendio y le pareció que estaba muy iluminada. Tocó la puerta, pero no había nadie adentro y siguió de largo”.

Fue instantáneo.

De repente, había un incendio gigantesco.

El fuego arrasó con otras cuatro casas, incluso con la tienda, que había sido construida hace más de cuarenta años por sus dueños y probaba, con su antigüedad, finura y resistencia. Sin embargo, por eso mismo, por las décadas que se había mantenido en pie, la madera seca ardió más rápido y mejor que ninguna de las otras y ayudó a propagar el incendio a una velocidad que no se veía en Vigía hace mucho tiempo.

“El incendio más grande que hemos tenido”.

El pueblo entero llegó pronto a ayudar como pudiera.

“Hombre, mujer y niño”.

Unos traían agua en baldes desde el río, otros lanzaban chorros con motobombas, otros cortaban las casas más cercanas, que todavía no ardían en llamaradas, para contener el avance del fuego.

“Una de esas fue mi casa. Eso le daban con machetes. Con hachas. Con motosierras. La madera no quedó sirviendo para nada”.

Lucero repartió a su esposo y a sus hijos entre los familiares. Y mientras tanto, espera. Espera hasta que alguien le ayude a recuperar la casa o hasta aguantar, de nuevo, las hambres suficientes.

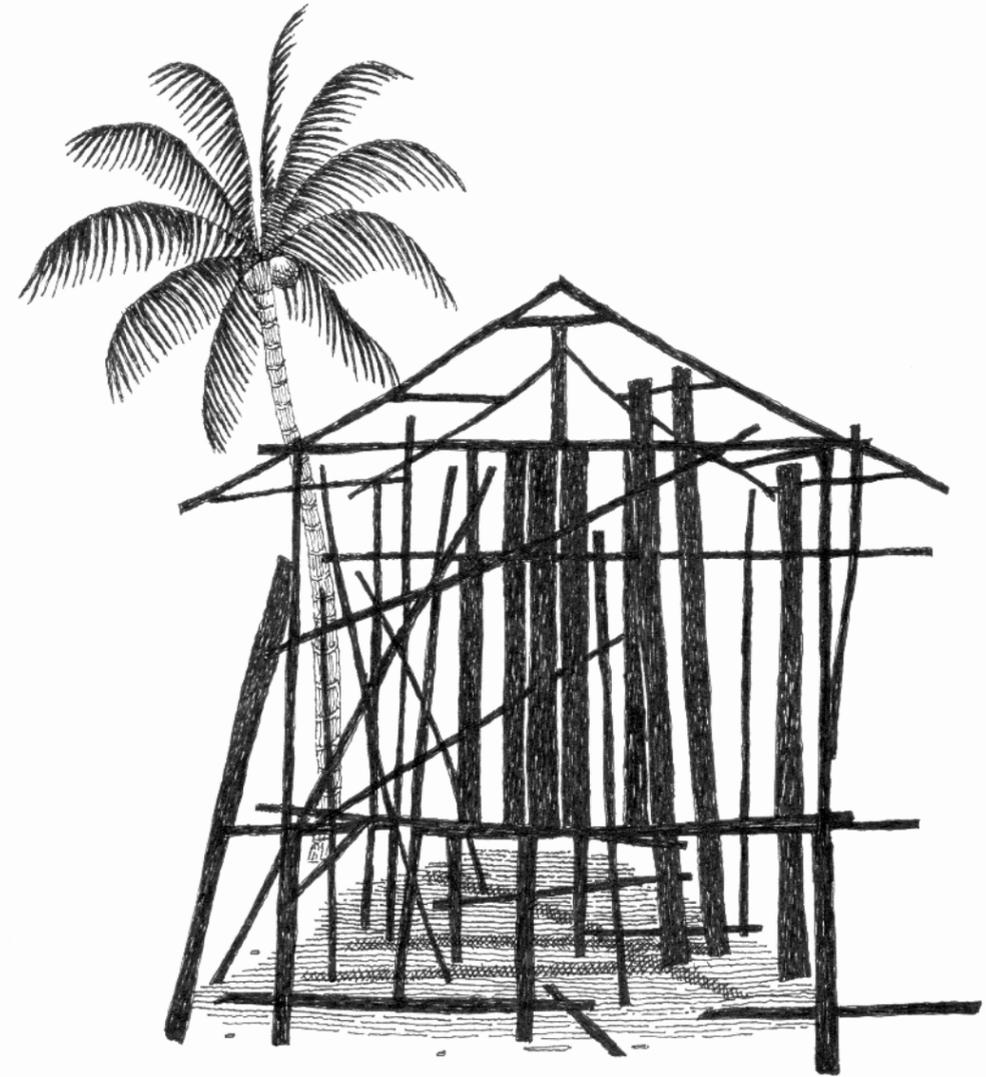
Afuera, en su jardín, el limón y el guanábano que habían sido reducidos a chamizos por el calor reverdecen y dan frutos, como si nada hubiera sucedido.

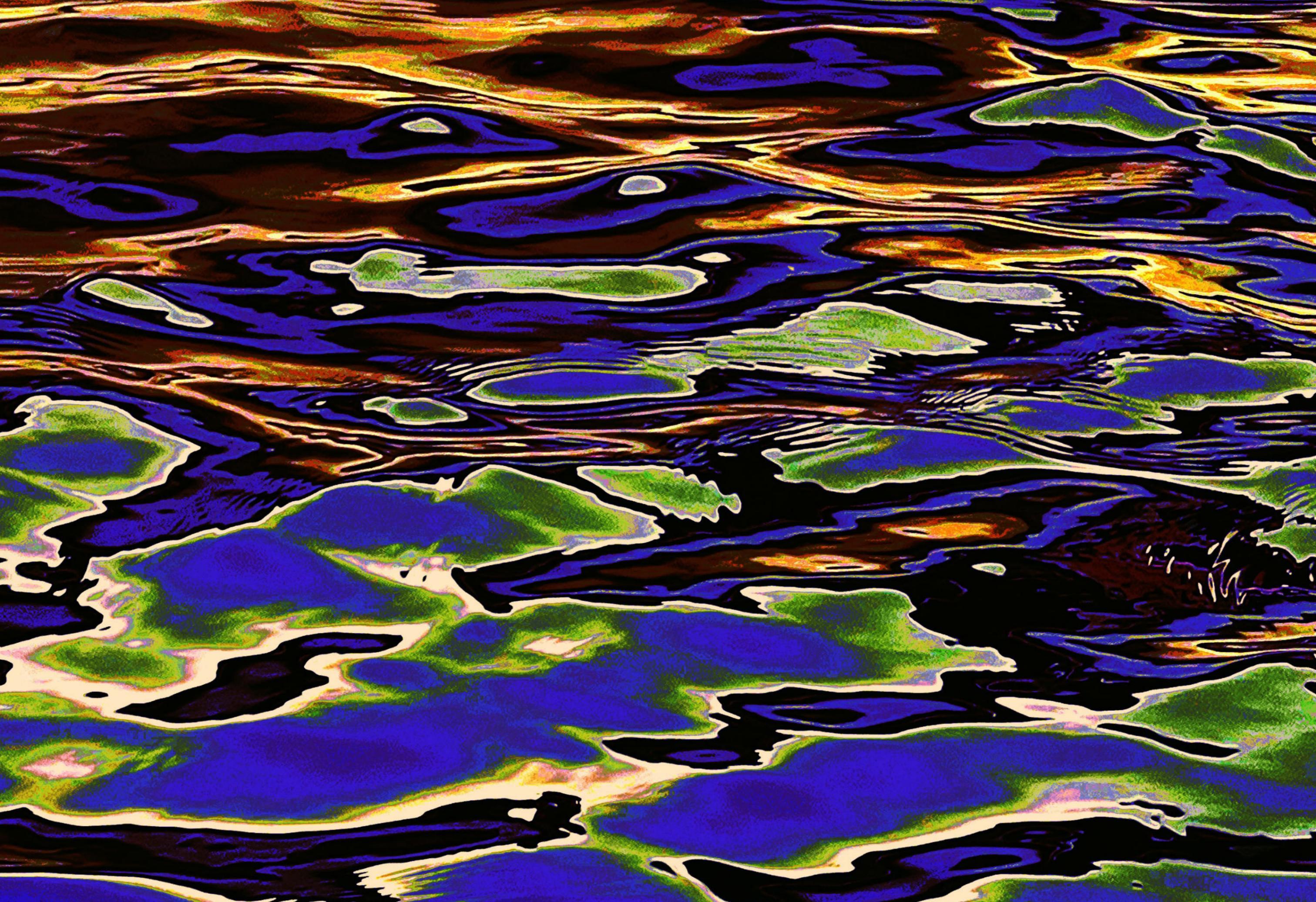
*

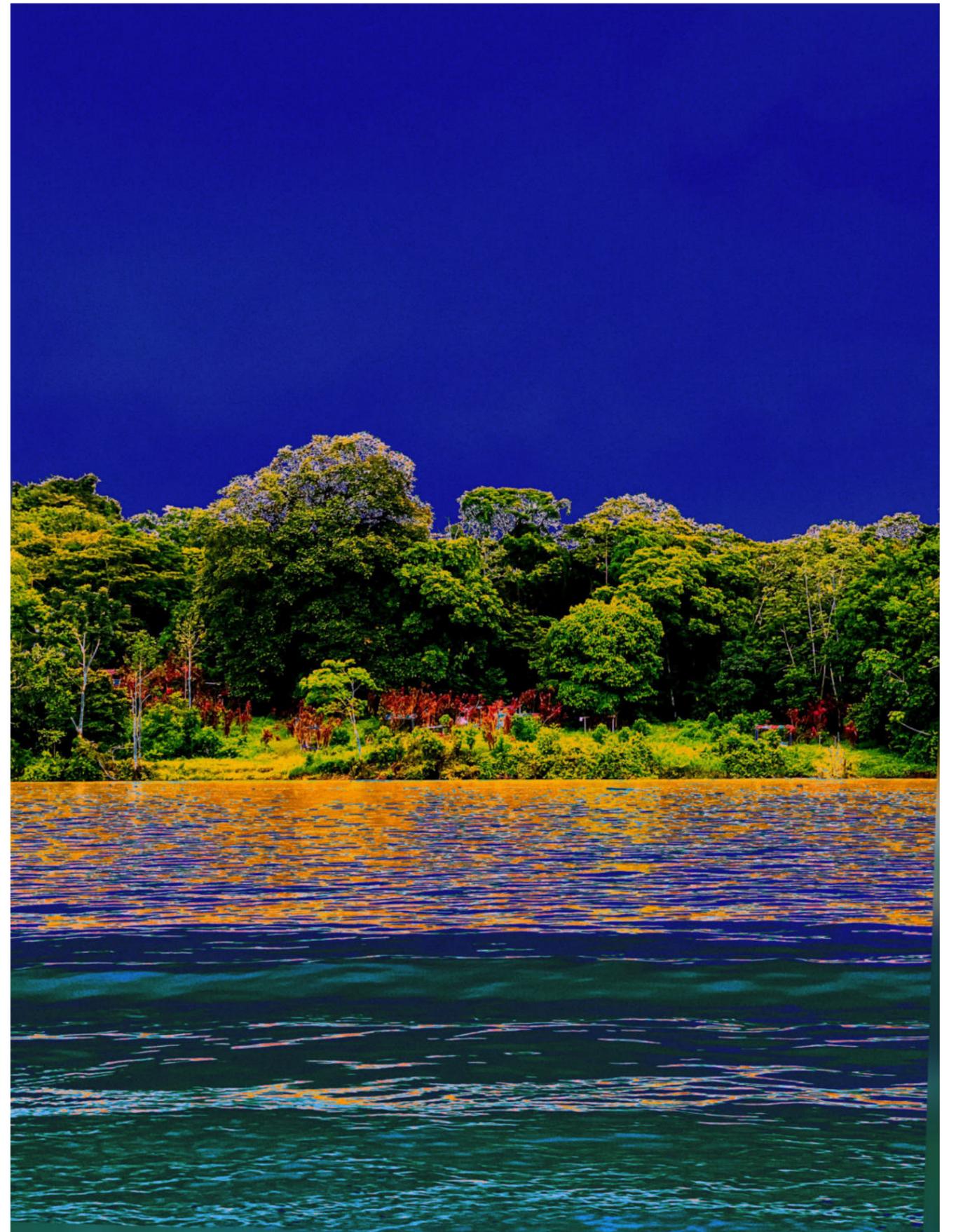
Algunas maderas comunes en el Medio Atrato: abarco, bálsamo, bambudo, caracolí, cativo, cedro, choibá, guino, roble. Por lo menos treinta especies de flora y fauna están amenazadas en la región.

DIOMEDES
PALACIOS

MADERERO







*

La selva es, sobre todo, la experiencia de lo no visto.
De lo oculto.

"Ahí estuvo el armadillo", te dicen.

"Por allá sale el manatí".

"Aquí nada la icotea".

Algo grita lejos, entre las ramas, a ras del suelo, en los doseles.

Y te explican de qué animal se trata.

Y te cuentan historias que pasaron con ese animal hace poco o hace mucho tiempo.

Y te maravillas.

Y quisieras buscar la imagen del animal, para conocerlo, para recordarlo, pero —confirmas tus sospechas— en pocas partes de la selva hay señal de celular.

"Acá no saquen cámaras, por favor", te dicen.

Te ordenan.

Es un pueblo cerca a la desembocadura del Atrato.

La lancha pasa a toda velocidad.

No esperas ver ahí ni al armadillo ni al manatí ni a la icotea.

Pero no es necesario hacer preguntas.

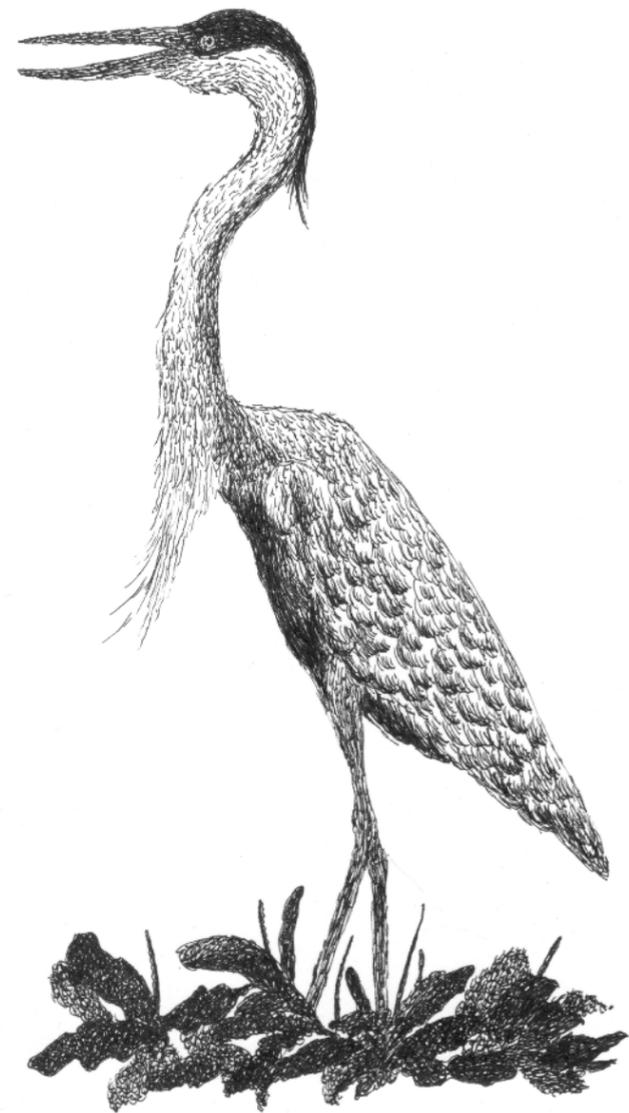
ELVASIA
PALOMEQUE
MARTÍNEZ

DE
LA VEREDA

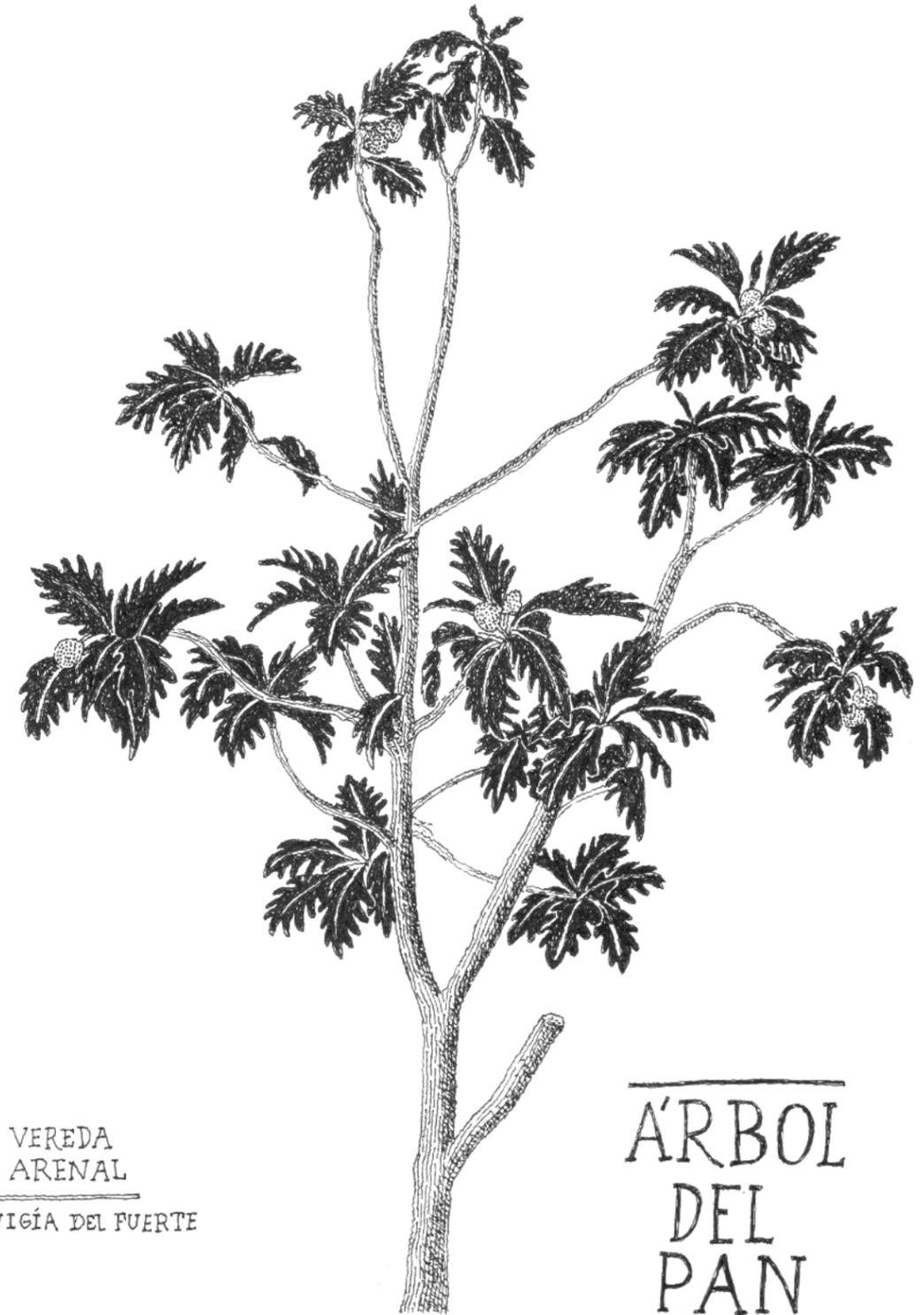
**SAN
MARTÍN**

VIGÍA DEL FUERTE





VEREDA
ARENAL
VIGÍA DEL FUERTE



ÁRBOL
DEL
PAN

Una casa

No es común que los jaguares ataquen a los humanos. Y hasta hace algunos años, se creía que era imposible que se alimentaran de su carne.

Sucedió en 2013, en Bocas del Atrato. El primer ataque fue en abril, a un operario de motosierra, y el segundo en mayo, a un pescador.

Enilda conocía bien esta noticia. La conocía cuando una familia de jaguares, una hembra, un macho y dos cachorros grandes (otra cosa extrañísima, porque los jaguares son cazadores solitarios), devoraron al primer animal de la finca.

La conocía cuando puso luces, para ahuyentar a los felinos en las noches, y ellos cazaron dos caballos de día.

La conocía cuando se enfrentó a uno de sus hermanos, que, jarto porque los animales muertos eran casi todos suyos, prestó una escopeta en la finca vecina para encargarse de los jaguares por su cuenta.

“Si tú haces eso”, le dijo, “acabas de una vez con todo lo que hemos querido hacer acá. Esos jaguares son más importantes que las vacas, más importantes que los caballos, más importantes que nosotros”.

Otras especies se amparan bajo la sombra del jaguar. Y la vida prospera, en equilibrio, meramente con su presencia. El jaguar es el anfitrión justo de una casa enorme: la selva.

Enilda recuerda una historia. Alguien trajo unas babillas de otra parte, las soltó en el río Surikí y se reprodujeron con tanta eficacia que, en poco tiempo, tuvieron una invasión. Pero ella, Enilda, estaba tranquila.

“No hay problema”, se dijo. Le dijo a su familia. “Ahí está el jaguar”.

Y en efecto, la invasión fue controlada por el jaguar en unos cuantos meses.

“Si el jaguar ataca al ganado, si el jaguar ataca a los humanos, es porque hay un desequilibrio que ni él ha podido corregir”.

En Bocas del Atrato, por ejemplo, buena parte de la selva había sido reemplazada por plantaciones de palma de aceite. Sin los corredores de caza de siempre, el jaguar, que necesita grandes extensiones de tierra para vivir, se alimenta donde puede.

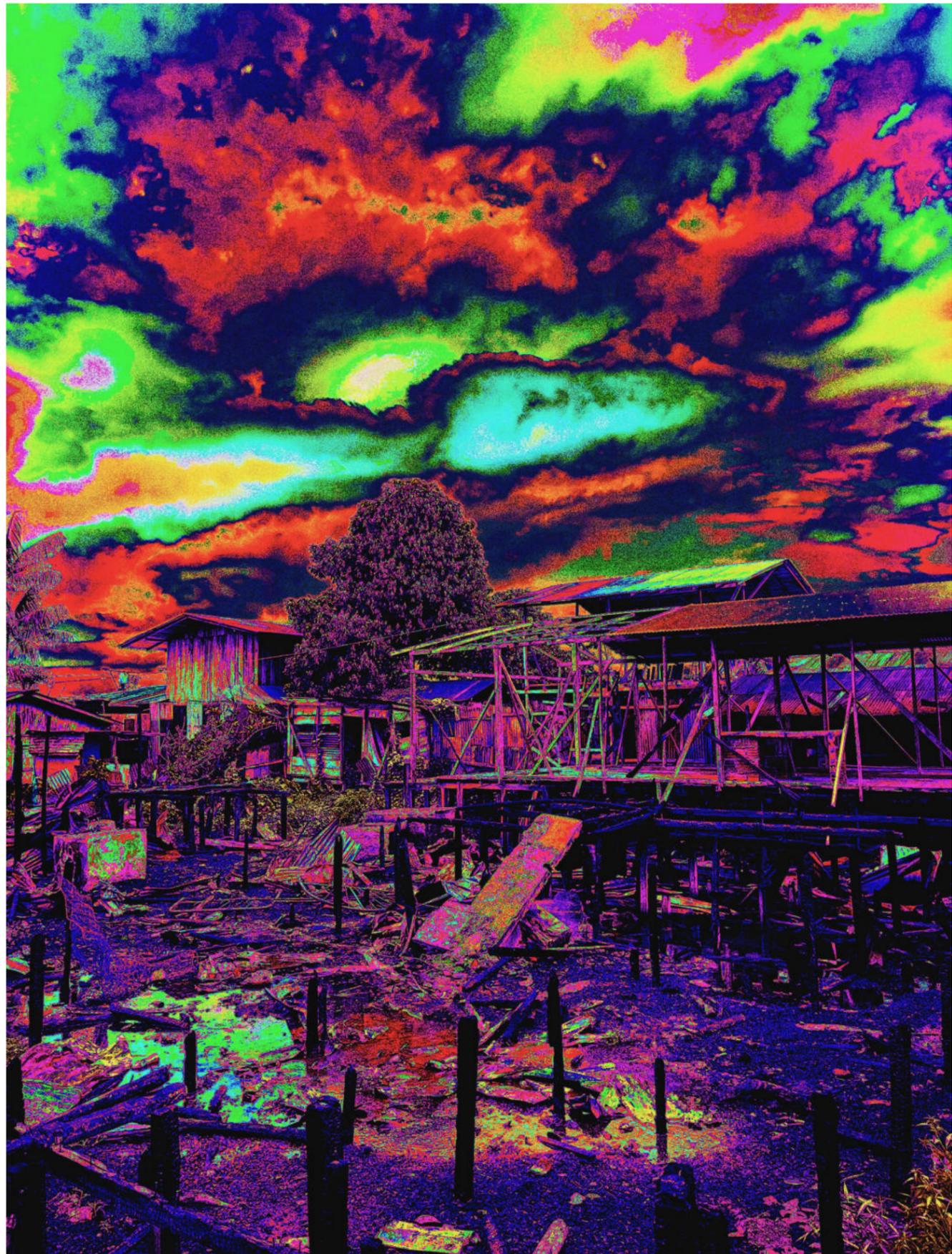
Enilda lo ha entendido. Así que, por un lado, porque no es ingenua, ha incrementado la protección de su ganado. Les ha puesto a los terneros y a los caballos cencerros que a un ganadero de Córdoba le sirvieron para prevenir los ataques de un puma. Ha electrificado las cercas, para disuadir a los atacantes. Ha puesto más luces y señuelos en el contorno de la

El jaguar es una especie sombrilla. Es decir, su protección beneficia directamente al ecosistema que habita.

El área del Chocó biogeográfico equivale al 2 % de la superficie terrestre y alberga cerca del 10 % de la biodiversidad del planeta.

casa y del potrero. Pero, por otro lado, y es lo más importante, ha conversado con los vecinos para garantizar que el jaguar no pierda sus lugares habituales de caza. Para que siempre tenga a la iguana y al venado. Al ñeque y a la babilla. Al chigüiro y al zaíno. Para que no necesite mirar para otro lado.





*

En Vigía del Fuerte vi una casa fantasma.

Todos los elementos de la casa estaban ahí, pero ligeramente desacomodados, ligeramente hundidos, ligeramente consumidos por la maleza y el agua estancada en sus cimientos.

Era una bella ruina, con la dirección intacta sobre la puerta:

Carrera 5 # 18-20.

Fue, me parece, amada en vida.

Alguien la pintó de azul. Alguien decidió que tuviera arcos interiores. Alguien se esmeró por construirla y conservarla. Y sin embargo, ese alguien se fue. La dejó atrás para mudarse a una casa en otro lado:

“En Turbo”, me contó Doris, que vive justo al frente.

La casa se arruinó de soledad, de ausencia, de nada más.

Cuando Enilda volvió con su familia a Surikí, no había casa donde vivir. Ni siquiera una ruina como la casa de Vigía. Nada. Lo que su padre había construido había desaparecido primero por despojo y luego por abandono. Por soledad.

Todo indica que las casas tienden a morir cuando nadie está pendiente.

Montaron una carpa. Intentaron pasar la noche ahí y huyeron de los mosquitos, del calor, de la furia del clima. El de la finca vecina los recibió por algunos días, pero luego ellos mismos decidieron que no estaban haciendo las cosas como debían hacerlas.

“Cómo no vamos a ser capaces de vivir aquí”, dijeron.

Era la tierrita.

Y volvieron a la carpa. Y no la han abandonado desde entonces.

La carpa ya no es una carpa, por supuesto. Ahora hay una casa de madera donde antes no había nada. La casa tiene:

Listones.

Varetas.

Columnas.

Soleras.

Estrambotes.

Tiene guayacanes, aunque no son tan altos como los de Vigía del Fuerte. El Surikí es un río más pequeño y menos bravo que el Atrato.

Tiene un quiosco.

Una zona para huéspedes.

Tiene cercas y caballerizas.

Tiene un pequeño muelle para recibir los botes.

Al lado de la casa fantasma de Vigía, están los restos de otra casa.

Los meros troncos verticales clavados en el suelo.

Podrían ser los restos de una casa mucho más antigua, pero quiero creer todo lo contrario:

Que es una casa nueva.

Novísima.

Recién sembrada.

Que, para germinar como una casa fuerte y saludable, necesita ser cuidada, podada, regada, abonada por alguien que la quiera.

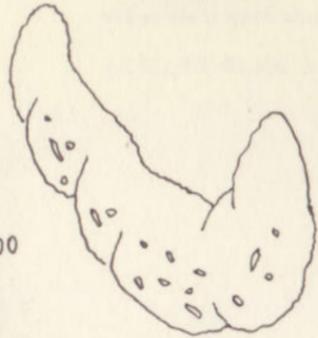
Todo indica que las casas crecen y palpitan cuando alguien las habita.





4:02

CON
JOSE
ARDILA
EN UNA
PANADERIA
DE
VIGIA



SÁBADO
15 DE
JULIO
DE
2023

RICARDITO



CORREGIMIENTO
SAN MARTIN

VIGÍA DEL FUERTE

**ÁRBOLES
EN SAN MARTIN**

PICHINDE'
ÁRBOL DEL PAN
JAGUA
CHONTADURO
ACHIOTE O VIVA

**UNIÓN
NATURAL**
COMPROMETIDOS
CON EL TERRITORIO

EN
ARENAL

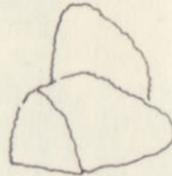
PRÁCTICAS
AMBIENTALES
SOSTENIBLES

GARANTIZAR
LA
SEGURIDAD
ALIMENTARIA

COMUNIDAD
AFRO

DOMINGO
16
DE JULIO
2023

ENVUELTO
DE MAÍZ
CON COCO



PAN
DE
TIBERIA

JUGO DE
BOROJO

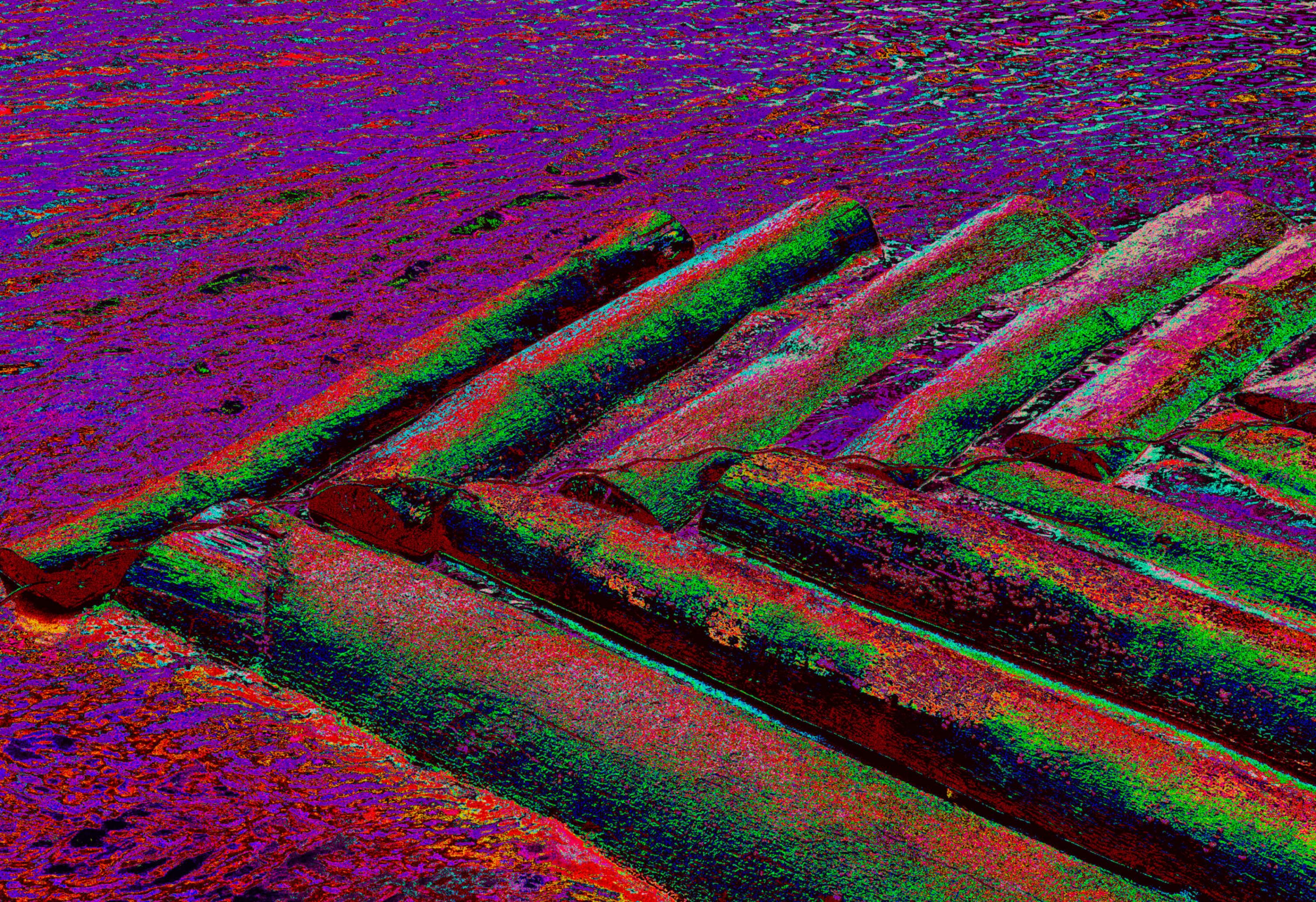


GUISO
DE
PALMITO
CON
GALLETA
DE
SODA



VOLVER
A LA
TIERRA

ENILDA FUE DESPLAZADA CON SU FAMILIA. LA GUERRILLA
MATO A UNO DE SUS HERMANOS Y LOS PARAMILITARES MATARON
A SU PAPA. LUEGO TODOS ELLOS VOLVIERON A SU TIERRA



Esta publicación se terminó de imprimir el mes de octubre de 2023
mientras el río Atrato sigue su curso.

